



Política

ISSN: 0716-1077

rpolitic@uchile.cl

Universidad de Chile

Chile

Sagredo Baeza, Rafael

El viaje presidencial como práctica política en Chile decimonónico

Política, vol. 44, 2005, pp. 111-138

Universidad de Chile

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=64504405>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El viaje presidencial como práctica política en Chile decimonónico

Rafael SAGREDO BAEZA

Más allá de mostrar una forma de hacer historia más o menos inédita para la historiografía sobre Chile, el planteamiento esencial de esta presentación es que los viajes gubernamentales a las provincias realizados por José Manuel Balmaceda entre 1883 y 1891, constituyen una forma de hacer política¹. Se trata de una práctica inédita en Chile destinada a captar adhesiones y el apoyo popular que hiciera posible fortalecer la imagen presidencial, en un momento de la evolución nacional en que la trayectoria histórica hacia una sociedad liberal había disminuido el poder político del Presidente de la República en favor del Congreso Nacional.

Sostenemos que a través de sus desplazamientos fuera de la capital, Balmaceda hizo posible una instancia de representación del poder y de la sociedad en virtud de la cual no sólo amplió el espacio en que tradicionalmente éste se había ejercido, sino que, además, propició la participación en la vida política nacional de grupos normalmente ajenos a ella, intentando así fortalecer su situación política. Postulamos que al hacerse presente en la provincia chilena, el presidente Balmaceda utilizó los sentimientos y valores asociados a la institución que personificaba, así como las características de su corporalidad, en favor de sus intereses políticos, la administración de la cual formaba parte y el Estado que encabezaba.

1. Este artículo se basa en nuestra obra *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX*. Santiago-México, D.F., Centro de Investigaciones Diego Barros Arana-El Colegio de México, 2001.

Con sus sistemáticas excursiones por el territorio efectivamente incorporado a la trayectoria nacional, Balmaceda se transformó en un activo agente de progreso y de integración del país, sin perjuicio de haber pretendido también hacer del Ejecutivo un ente propiciador de la distribución de la riqueza nacional. En este afán, con sus viajes, Balmaceda intentó atraerse el apoyo de aquellos grupos que no habían sido objeto directo de atención del poder y ampliar así la base de sustentación de sus políticas que, como lo demostraría la Guerra Civil de 1891, no contaron con el consentimiento de toda la sociedad. Para lograr sus objetivos, Balmaceda hizo de sus excursiones por el país verdaderos espectáculos en los que su figura representó el papel fundamental; pero en los cuales, haciendo uso de todos los componentes de un desplazamiento oficial, se ofrecieron también instancias de integración de la población y de participación cívica de la sociedad de las provincias. Creemos que el conjunto de los viajes de Balmaceda, junto con mostrar la fortaleza de un Estado que es capaz de hacerse presente a través de su máxima figura en casi cualquier rincón de su territorio, representa una forma de gobernar que, a través de una nueva dramaturgia política, representó al Chile del último tercio del siglo XIX. Se trata de una sociedad en proceso de cambio, más heterogénea y más plural en lo político.

Nuestros planteamientos se ven confirmados si se considera que los desplazamientos gubernamentales anteriores a los de Balmaceda no tuvieron un propósito político esencial, y que fueron más bien la expresión de una intención del poder ligada al buen gobierno y a la administración republicana del nuevo Estado. El conocimiento y comprensión de tales viajes, sin embargo, nos permite sostener que la presencia de la autoridad en la provincia está asociada a períodos de crecimiento económico y de expansión general de la sociedad, como en la época de Balmaceda; transformándose en antecedentes que explican y justifican que el gobernante deba desplazarse por el territorio bajo su jurisdicción; aunque sin la necesidad imperiosa de utilizar efectos, como sí tuvo que hacerlo Balmaceda, para captar la adhesión y la simpatía de una sociedad que, hasta el último tercio del siglo XIX, estaba acostumbrada a entregar su apoyo al gobernante.

En relación con la sociedad, nuestra investigación nos permite afirmar que el progresivo predominio de la ideología liberal a lo largo del siglo XIX, la evidente ampliación y diversificación social y espacial del cuerpo electoral, así como la paulatina constitución de una opinión pública que a través de diversos medios se sitúa como un ente independiente del Estado y del gobierno –transformándose en un verdadero agente legitimador o censor de las conductas de los actores políticos– actuaron como estímulo para la aparición de nuevos usos y costumbres políticas y, en especial, electorales. En este sentido, creemos que viajes como los realizados por Balmaceda son propios de sociedades más modernas y plurales, en definitiva, más liberales como la estadounidense que, en materia de campañas electorales fue, también, un ejemplo para Chile.

Sostenemos que la evolución de las campañas electorales favoreció también las prácticas puestas en uso por Balmaceda al obligar al gobierno a salir de su ámbito de acción tradicional, es decir, Santiago y sus alrededores. No sólo en búsqueda de prosélitos que tal vez no le eran indispensables desde el momento que controlaba los procesos electorarios, en especial, para legitimar ante la opinión triunfos obtenidos en medio del constante reproche de los opositores. Así, observamos que Balmaceda tuvo perfecta noción y conocimiento de las nuevas exigencias que la marcha de la sociedad imponía a la práctica política, de tal manera que no sólo se mostró hábil en el manejo de las costumbres políticas tradicionales, sino que, también, supo advertir la necesidad de ampliar las bases sobre las cuales se sustentaba el poder gubernamental. Por esas razones, Balmaceda salió de la capital, transformando el viaje oficial en un verdadero espectáculo destinado a cautivar. A someter, a través del uso del imaginario que la presencia del poder, del Presidente de la República, evocaba en quienes asistían o se imponían a través de la prensa de sus “teatrales” excursiones por la provincia. Creemos que Balmaceda practicó una verdadera dramaturgia política que buscó representar la formulación republicana del Estado en la provincia. Que transformó el territorio nacional en un escenario copado por su figura y por la institución que personificaba. Que se sirvió de los símbolos nacionales y de la historia patria para hacer partícipes de sus representaciones a la población nacional, pretendiendo que la sugestión que su presencia despertaba se abonara a lo que él representaba en cuanto actor político cabeza de una administración, por lo demás progresista y emprendedora, en un país cuyo adelanto parecía no tener límites.

Para entender los desplazamientos de Balmaceda es preciso comprender el impacto del aumento de las rentas del salitre en la década de 1880. Ellas transformaron al Estado chileno al hacerlo más fuerte y ampliar su ámbito de acción. Es en este contexto que comprendemos los planteamientos económicos y sociales de Balmaceda. Éstos significaban aplicar las fuerzas del Estado al engrandecimiento del país, guiando un proyecto nacional que transformara la realidad económica y mejorara las condiciones de vida de la población. Para lograr su objetivo Balmaceda utilizó como verdadero instrumento de política económica la construcción de obras públicas y, en especial, de líneas férreas, promoviendo en Chile la etapa del Estado que interviene en la economía. Buscando capitalizar la pasajera riqueza del salitre, y con el inicial apoyo del Congreso Nacional, el gobernante dirigió la inversión pública a las que llamó “obras reproductivas”, contribuyendo con ello también a la descentralización de la riqueza nacional. Así, por lo demás, lo demuestran sus continuos viajes motivados por la necesidad de inaugurar trabajos públicos a lo largo de todo el país. Dotado de recursos, en medio de una sociedad complacida por sus progresos y con una clara noción de lo que pretendía alcanzar en el poder, Balmaceda se mostró como un gobernante activo y realizador. Un carácter inquieto y dinámico, siempre preocupado por los adelantos de orden material que, además, gustaba de apreciar personal-

mente. Un político que no sólo alcanzó el poder, sino que lo hizo en un momento especialmente favorable para la nación, cuando los medios existentes, efectivamente, posibilitaban ampliar a todo el territorio nacional los adelantos que sólo algunas regiones habían conseguido.

Por todo lo anterior es que Balmaceda viajó. Porque así lo requirió la evolución política y social de Chile. Porque así se ocupó de los problemas que la expansión económica había generado. Porque viajando aprovechó también los dividendos políticos que generaba la existencia de un Estado poderoso y realizador. Nuestro planteamiento es que a través de cada uno de los viajes gubernamentales encabezados por Balmaceda, es posible ilustrar todos los problemas, fenómenos y procesos arriba planteados. Que a través del estudio y comprensión de los elementos que les dan forma y existencia material, se reflejan los problemas políticos, las realidades económicas, las complejidades sociales y culturales de una comunidad en proceso de transformación. Gracias a la identificación de los componentes y alternativas materializados en los viajes de Balmaceda, avizoramos la existencia de una sociedad expandida territorialmente, como los espacios visitados por el gobernante lo demuestran; cuya modernización ha hecho presente una serie de nuevos desafíos para el Estado, en general, y el gobierno, en particular, como los asuntos ligados al salitre y la minería en el norte, y a la agricultura y las vías férreas en el sur; y que ofrece crecientes grados de pluralidad socioeconómica, como se aprecia a través de los componentes y participantes de las comitivas y actos de la visita oficial, entre los cuales, los elementos de la clase media emergente sobresalen.

El conocimiento de los medios de transporte en los que Balmaceda se desplazó, nos permite demostrar que sus viajes fueron posibles, justamente, gracias a la expansión de los mismos por el territorio nacional. Ellos, en definitiva, garantizaron no sólo su acceso a prácticamente cualquier región, en especial, un tránsito seguro que promovió sus salidas. Pensamos que tanto el vapor como el ferrocarril, en especial este último, junto a los medios de prensa, operaron también como vehículos de comunicación e instrumentos de difusión de los actos, gestos, planteamientos y actuaciones del gobernante, permitiéndole no sólo cubrir amplios espacios que dilataron la esfera de acción pública, sino, proyectarse como una figura de alcance nacional, cuyas acciones repercutían a lo largo y ancho del país, como nunca antes había ocurrido. Pero el medio de transporte, asociado al lapso ocupado en la travesía de un punto a otro de Chile, hizo posible también un espacio y ámbito de sociabilidad política en el cual interactuaron el poder y los actores políticos, económicos, sociales y culturales más relevantes para éste. De este modo, con el solo hecho de desplazarse por el país, Balmaceda abrió una nueva esfera para la práctica política. A ella se sumaron las ceremonias de despedida y recepción de la comitiva oficial, tal vez los momentos más destacados del viaje gubernamental en cuanto a la participación y entusiasmo popular. Balmaceda y su círculo utilizaron dichos actos para exhibirse y dejarse apreciar por la multitud convocada por la garantía de ser parte del verdadero espectáculo que fueron tales

momentos. Así, y gracias al efecto multiplicador de la prensa, Balmaceda normalmente apareció como una figura popular, en medio de muchedumbres que lo vivaban, asociado a la alegría y a la fiesta que su presencia despertó habitualmente en la provincia.

En definitiva, ha sido el conocimiento pormenorizado de los viajes y las giras del Presidente a la provincia, lo que nos permitió conocer una de las formas en que Balmaceda hizo política. Son los trabajos, gestos, actitudes, palabras y planteamientos utilizados por José Manuel Balmaceda en su afán por atraer la adhesión popular, por divulgar los logros de su administración, por expandir la acción del Estado en la sociedad y por mostrar la voluntad de la república en los territorios más recientemente integrados al destino nacional; tal y como fueron percibidos por la opinión al momento en que se estaban produciendo y expresando, lo que nos permitió apreciar en toda su magnitud el viaje gubernamental como práctica política, como espectáculo a través del cual se representaron tanto el gobernante, como la población que lo acogió.

Los viajes gubernamentales, así como los procesos y problemas históricos que a través de ellos se expresan, tienen como marco temporal esencial la llamada época de Balmaceda, el período en que este hombre público se desempeñó en la vida política del país. En términos amplios, el último tercio del siglo XIX. Serán, precisamente, su dinámica acción gubernamental y su conducta política previa a la conflagración, así como su papel durante la misma, lo que justifica que toda una etapa de la historia nacional haya quedado asociada a su nombre. La investigación que presentamos aquí, responde a preguntas como ¿por qué viajó Balmaceda?, ¿qué representan sus viajes para su época? y ¿qué significado tienen sus excursiones en el contexto de la historia de Chile? Sin embargo, tales interrogantes no se agotan en sí mismas, a partir de ellas abordamos problemas relacionados con la práctica política en una sociedad que, como la chilena del último tercio del siglo XIX, ofrece crecientes grados de pluralidad política y heterogeneidad socioeconómica; y en la cual la actividad política ha ampliado notoriamente su espacio de acción territorial gracias, entre otros elementos, al desarrollo de los medios de transporte y comunicación.

En virtud de que la dimensión temporal de nuestro trabajo se sitúa en la llamada "época de Balmaceda", el escenario físico corresponde al territorio entonces efectivamente integrado al destino nacional y abarcado por las excursiones de Balmaceda, esto es, el espacio existente entre las ciudades de Pisagua, en el extremo norte, y Temuco en la zona centro sur del país. En él se desplaza el gobernante y su comitiva, habitan las poblaciones que participan de los hechos y actos constitutivos del viaje oficial y se encuentran los medios de transporte que hacen posible la travesía. En este ámbito se configura también la existencia de una opinión pública que justifica los desplazamientos del gobernante y que permiten sostener la práctica de una política de alcances verdaderamente nacionales. Muy diferente de la hasta entonces existente, la cual se había

circunscrito al espacio de la zona central del país y en torno del eje Santiago-Valparaíso. El estudio de los viajes de Balmaceda lo insertamos en el marco del proceso de expansión nacional o tránsito hacia la modernidad de la segunda mitad del siglo XIX, algunos de cuyos elementos esenciales fueron: el equilibrio entre los poderes del Estado, el reconocimiento de la existencia de una mayor pluralidad política y social, la consolidación y expansión de un sistema comercial y financiero, el desarrollo de medios de transporte y comunicación de carácter nacional, la integración al país de importantes regiones productoras de recursos básicos para el crecimiento económico nacional y una cada vez más evidente preocupación por los temas de carácter económico y social.

Los desplazamientos de Balmaceda nos aproximaron a problemas de la historia de Chile que tradicionalmente no han llamado la atención de la historiografía como, por ejemplo, el de las representaciones del poder y el poder de la representación con objetivos políticos. En este sentido, el conocimiento de los viajes gubernamentales abre nuevas perspectivas de análisis de nuestra historia. Postulamos también que el viaje en sí mismo, como hecho material constituido por actores, etapas y las informaciones que generó en la prensa nacional, todos en relación con las características de la sociedad en que los desplazamientos se verificaron, representan un valioso instrumento para el conocimiento histórico. Sostenemos que los desplazamientos de Balmaceda por el país articularon las realidades generadas por el proceso de expansión nacional con el ejercicio del poder, transformándolos en prácticas políticas más modernas y, por tanto, más abiertas y plurales, propias de una sociedad en la cual la opinión pública se ha constituido como un ente legitimador o censor del Estado.

Como es obvio, lo anterior no significa que las excursiones de Balmaceda a la provincia sean un hecho único e inédito en el concierto americano del siglo XIX, negando así las evidentes reminiscencias que ellas tienen, por ejemplo, en los llamados *whistle stopping* utilizados por los norteamericanos en sus campañas políticas desde la década de 1860; sencillamente, se trata de mostrar que el viaje del gobernante a la provincia refleja también la realidad de una sociedad particular, en este caso la chilena de la época, con sus problemas y expectativas.

Hemos interpretado el conjunto de los viajes de Balmaceda como una forma de representación del poder en la que el político hace uso de su corporalidad y de las nociones que la institución que personifica provocan en la sociedad para, en último término, atraerse la voluntad de la opinión; pero también para crear una instancia en la que esta se represente también a sí misma como parte de una nación moderna. Analizamos los viajes como un instrumento de autopromoción política a través del cual Balmaceda intentó contrarrestar la tendencia de su época, es decir, la devaluación del poder presidencial, apelando directamente a la masa, a la población esparcida por el territorio nacional.

Balmaceda en la provincia

Presentados en orden cronológico, los viajes realizados por Balmaceda a la provincia entre 1883 y 1891 son los que se aprecian en el cuadro respectivo. El hecho que en el futuro se puedan documentar otras excursiones de Balmaceda, creemos, no cambiará la interpretación esencial que se desprende del conjunto hasta ahora identificado.

Viajes de Balmaceda

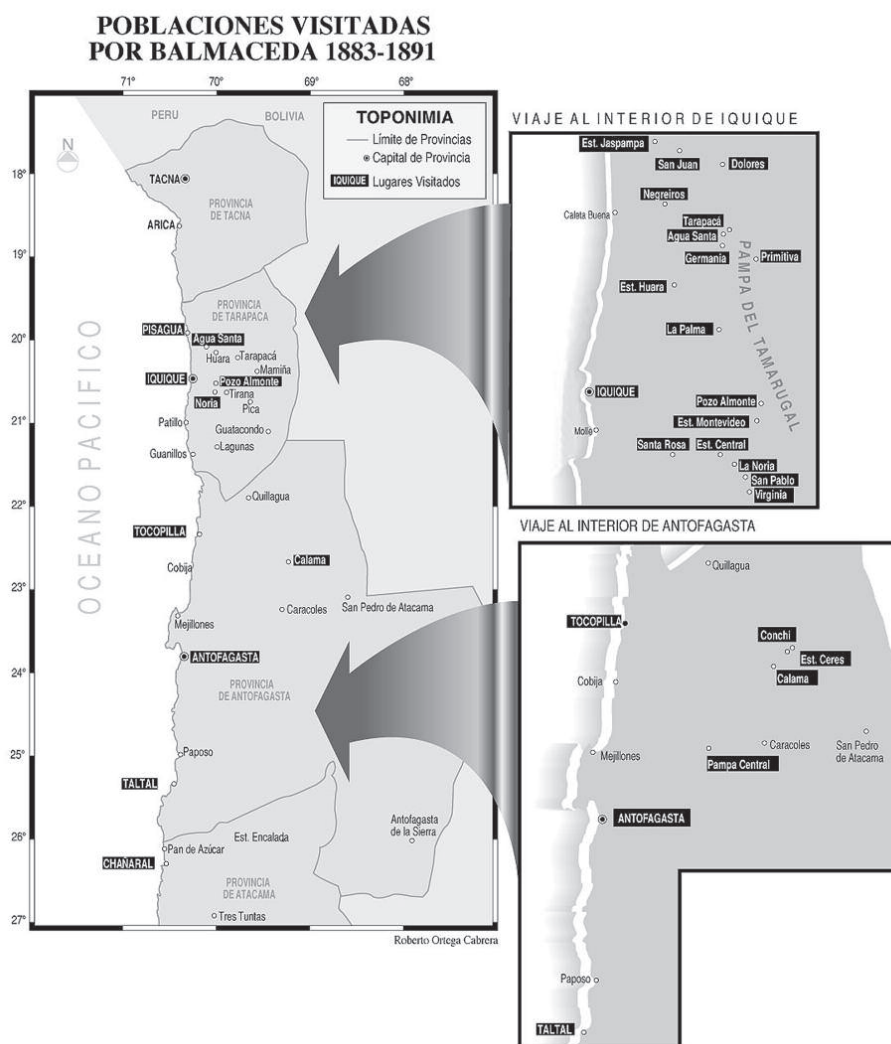
Año	Mes	Destino Principal
1883	enero	Valparaíso
1883	enero/febrero	La Frontera
1883	febrero/marzo	Provincia de Coquimbo
1884	enero	La Frontera
1884	febrero	Valparaíso
1884	marzo	Valparaíso
1885	enero	Valparaíso
1885	febrero	Los Andes
1885	abril	Talca
1886	enero	Valparaíso
1888	abril	Llico
1888	mayo	Valparaíso
1888	septiembre	Chillán
1888	octubre	Talca
1889	enero	Pelequén
1889	enero	La Calera
1889	enero/febrero	Penco
1889	marzo	Tarapacá
1889	abril	Los Andes
1889	noviembre	Cauquenes
1890	septiembre	Valparaíso
1890	octubre	Collipulli
1890	diciembre	Talcahuano
1891	agosto	Montenegro
1891	agosto	frente de batalla

Nos hemos concentrado en las excursiones de Balmaceda que hemos podido registrar como viajes realizados en su calidad de gobernante. Relacionados con el ejercicio del poder o la administración del Estado, con el aparato y las prevenciones que el desplazamiento de una figura de su naturaleza requería, y que tuvieran además alguna repercusión pública a través, por ejemplo, del debate parlamentario o de informaciones de prensa. La razón que justifica este último requisito, es el hecho que nuestro estudio aborda los viajes en su carácter de práctica política, destinada a tener efecto en la sociedad y en la opinión pública, circunstancia bajo la cual la prensa resulta ser esencial como instrumento de información y difusión.

Si bien los desplazamientos a la provincia de Balmaceda tuvieron un objetivo inmediato y un destino específico, lo cierto es que, salvo excepciones, en cada uno de sus viajes el político aprovechó su salida de la

capital para alcanzar otras poblaciones y realizar en ellas una variedad de actividades propias de su condición de gobernante. En definitiva, los numerosos centros poblados y lugares a los que Balmaceda alcanzó, además de la recargada agenda que desarrolló en cada uno de ellos, multiplicaron sus posibilidades de darse a conocer en la población, así como las ocasiones de esta de exponerle su situación.

Considerando cada una de sus salidas a la provincia, resulta que Balmaceda no sólo visitó numerosas localidades del país, sino que, además, se desplazó por un extenso espacio que, en función de la superficie de la república, representaba casi el 65% del territorio considerado chileno en 1885².



2. Para nuestro cálculo consideramos la superficie de las provincias visitadas por Balmaceda. Obviamente, el porcentaje del país cubierto por los viajes es, en términos reales, menor al indicado pues el político estuvo lejos de recorrer íntegramente cada una de las provincias a las cuales se desplazó.

Este espacio, entre el límite con el Perú y el Seno de Reloncaví, constituía el Chile de la época de Balmaceda y era consecuencia de la expansión experimentada por la nación a lo largo del siglo XIX. Esta había hecho posible integrar definitivamente al país las regiones situadas al sur del río Bío-Bío, como La Araucanía y la de Los Lagos, e incorporar las provincias de Antofagasta, Tarapacá y Tacna. En este contexto, los viajes a la provincia de Balmaceda fueron una práctica que, sostenemos, representó un reconocimiento explícito de la ampliación del ámbito de acción e influencia del quehacer económico social y político cultural nacional.

Con relación al número de habitantes de las capitales provinciales de Chile en 1885, los desplazamientos de Balmaceda le permitieron tomar contacto o repercutir en la vida concreta de cerca de 463.677 habitantes, esto es, el 18% de la población nacional. Ampliada esta proporción al total de poblaciones visitadas y considerando que en 1885 el total de la población urbana del país alcanzaba a 952.661 personas, resulta que el 63% de los habitantes de los centros urbanos del país experimentó una visita gubernamental encabezada por Balmaceda. Ya sea como parte integrante de los actos a que estas daban lugar o por haber alcanzado los efectos de la misma.

Así, considerando que las provincias a las que Balmaceda llegó aglutinaban a la mayor parte de los ciudadanos del país, o bien constituían los principales centros de actividad económica existentes en la época, resulta que el gobernante recorrió prácticamente todo el territorio y poblaciones que Chile contaba en su época. Es decir, el territorio que estaba efectivamente integrado al destino nacional y que por lo tanto tenía significación económica y políticas para el poder (ver cuadro en pág. siguiente).

Un número significativo de los viajes de Balmaceda tuvo como razón inicial actividades derivadas de la administración del Estado o del ejercicio del poder, las cuales, como es obvio, sólo podían darse en aquellas regiones efectivamente integradas al país y que generaban los problemas, situaciones o hechos que justificaran la visita oficial.

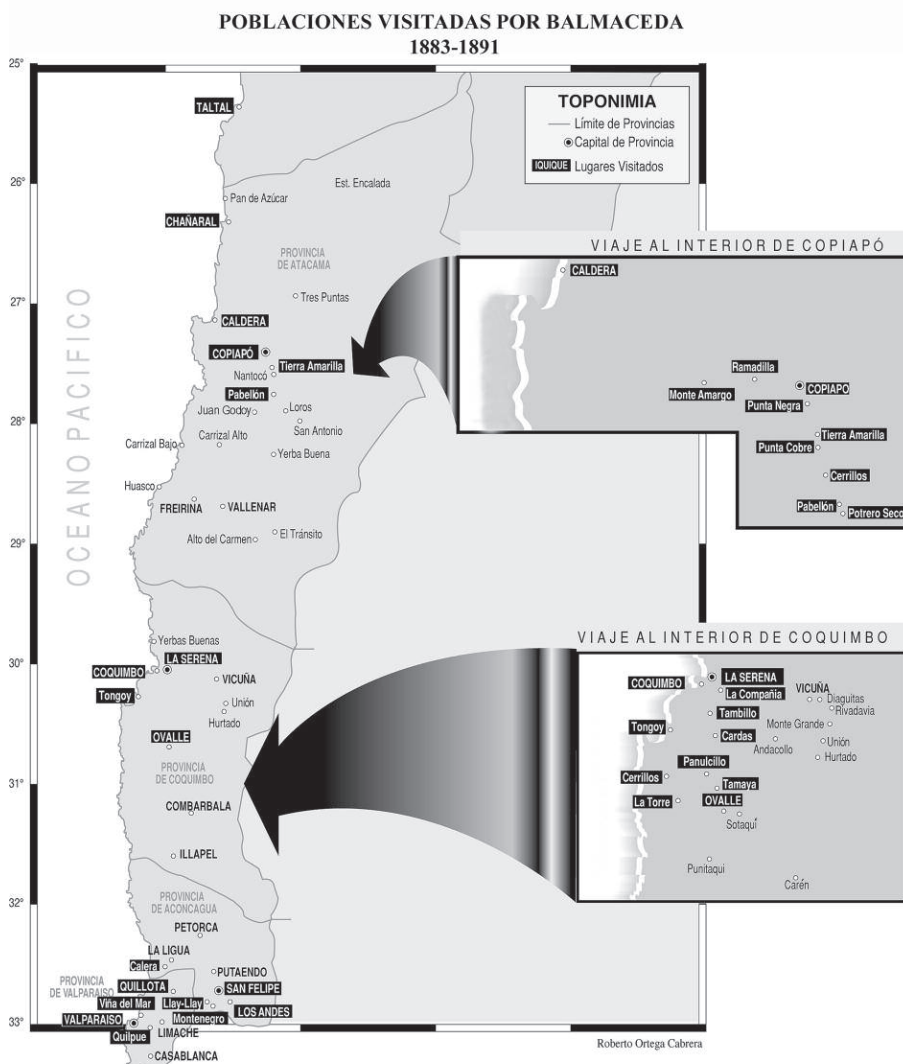
Más todavía, en atención a que la mayor parte de sus excursiones fuera de la capital tuvieron como objetivo inmediato asuntos y situaciones relacionadas con la obra material que el gobierno del que formó parte realizó o ejecutaba (pues de hecho muchas de sus salidas fueron para estudiar una futura obra pública en el terreno en el que se levantaría, para inaugurar los trabajos de una construcción que se iniciaba o, finalmente, para entregar al uso público alguna ya finalizada), lo cierto es que sería imposible no concluir que los viajes de Balmaceda fueron posibles gracias a la expansión económica experimentada por el país en el siglo XIX. De hecho, era el vigor económico nacional lo que explicaba y hacía necesaria la ejecución de los trabajos que Balmaceda atendía con sus viajes.

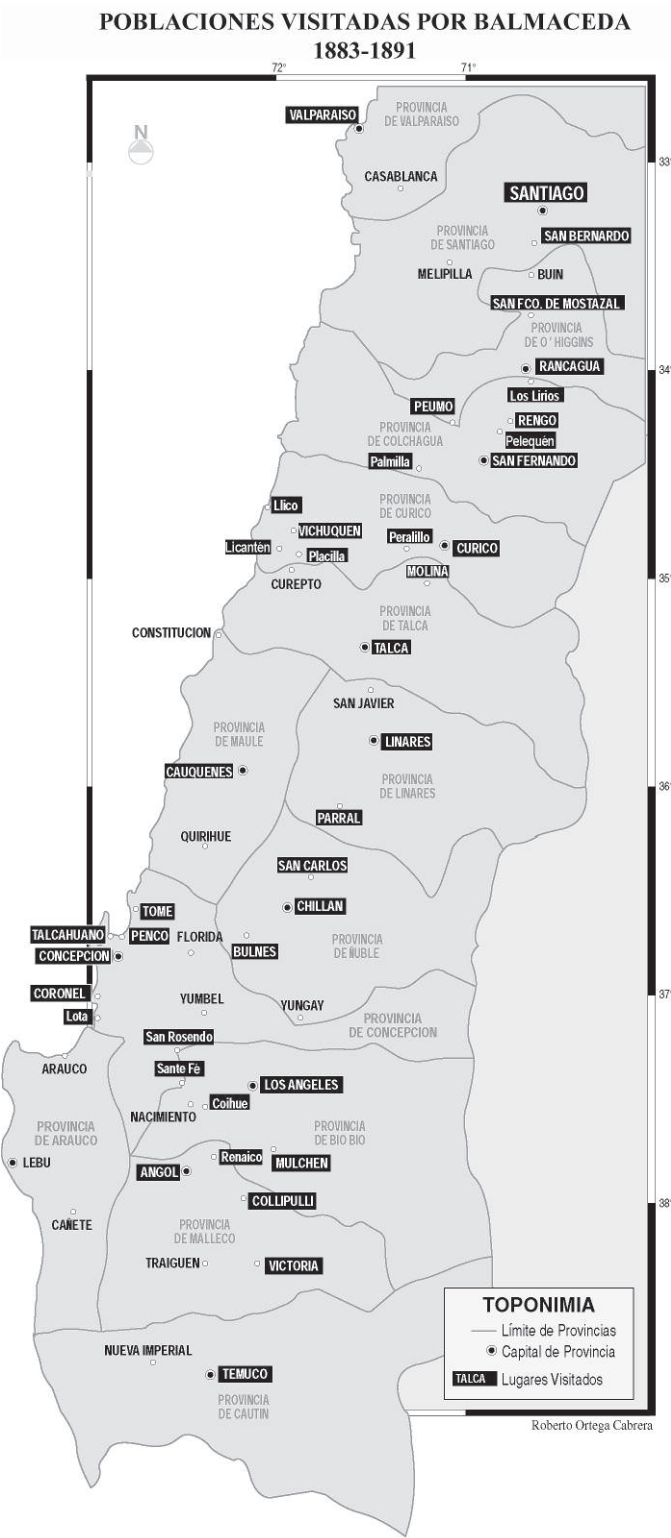
Motivos de los Viajes de Balmaceda

Años	Mes	Destino	Causa Inmediata del Viaje Principal
1883	enero	Valparaíso	ceremonia de homenaje
1883	enero/febrero	La Frontera	estudio e inspección
1883	febrero/marzo	Coquimbo	estudio e inspección
1884	enero	La Frontera	inauguración obras públicas
1884	febrero	Valparaíso	homenaje político
1884	marzo	Valparaíso	homenaje político
1885	enero	Valparaíso	homenaje político
1885	febrero	Los Andes	trabajos electorales
1885	abril	Talca	inauguración obras públicas
1886	enero	Valparaíso	convención política
1888	abril	Llico	estudio obras públicas
1888	mayo	Valparaíso	ceremonia patriótica
1888	septiembre	Chillán	ceremonia patriótica
1888	octubre	Talca	homenaje político
1889	enero	Pelequén	inauguración obra pública
1889	enero	La Calera	inauguración obra pública
1889	enero/febrero	Penco	personal e inspección
1889	marzo	Tarapacá	variados objetivos
1889	abril	Los Andes	inauguración obras públicas
1889	noviembre	Cauquenes	personal
1890	septiembre	Valparaíso	inspección oficinas públicas
1890	octubre	Collipulli	inauguración obra pública
1890	diciembre	Talcahuano	inauguración obra pública
1891	agosto	Montenegro	revisión tropas
1891	agosto	Frente de información combate batalla	

Sin embargo, todas y cada una de las más evidentes razones que llevaron a José Manuel Balmaceda a la provincia no son suficientes para explicar sus frecuentes y sistemáticos desplazamientos. De hecho, algunas de estas causas existían desde antes que Balmaceda alcanzara posiciones de poder y se mantuvieron después que él abandonara el gobierno. Pese a lo cual, no justificaron que otros estadistas, ni antes, ni después, se decidieran a salir a la provincia regularmente como él lo

hizo. En realidad Balmaceda utilizó sus viajes como un instrumento político, una práctica que en su concepto lo fortalecía ante el Congreso Nacional al colocarlo en una condición de liderazgo nacional, pero, también, en situación de recibir el respaldo popular, la adhesión de las provincias o, sencillamente, pero no menos significativo, las entusiastas manifestaciones debidas a su alta investidura. Sin duda, para la opinión de su época, los viajes de Balmaceda a la provincia constituyeron una práctica, si no habitual, a lo menos sistemática y reconocida como propia de un político que, además, supo buscar la oportunidad más adecuada para ejercitarla y, todavía más importante, aprovecharla en beneficio de su imagen pública.





De acuerdo con la información disponible, es posible señalar que la mayor parte de los desplazamientos del presidente Balmaceda se verificaron cuando el apoyo que la opinión le brindaba comenzó a menguar como consecuencia de las luchas políticas que afectaron su administración. Esto se desprende de la relación que es posible hacer entre las fechas de los viajes y la crónica política de su gobierno, sin perjuicio de los testimonios de algunos de los contemporáneos de los hechos. Hasta los primeros meses de 1890, Balmaceda disfrutó de un clima político y social si no absolutamente favorable, por lo menos exento de conflictos graves, tanto como para afirmar, como lo hizo en cartas a un amigo del 6 de julio y 9 de octubre de 1888: "hasta aquí todo va felizmente, la situación política general es buena". Desde entonces, y hasta el final de su gobierno, se vio envuelto en una disputa con el Congreso Nacional que fue evolucionando de una manera tal que, finalmente, llevó a la Guerra Civil de 1891. Por lo pronto, cabe mencionar que en julio de 1890, Balmaceda debió hacer frente a la primera huelga general que hubo en Chile. En todo este último lapso, la figura presidencial y lo que ella representaba se fue progresivamente deteriorando frente a la opinión, en particular la santiaguina, obligando a Balmaceda a buscar nuevas fuentes de sustento político, por ejemplo, en la provincia. Pero también entre las capas medias y populares de la sociedad, aquellas ajenas a los círculos oligárquicos de la capital. Masas que, mayoritariamente también, se repartían por el país, en especial, en el área comprendida entre las provincias de Aconcagua y Malleco que Balmaceda tantas veces recorrió. Entre otras razones, para inaugurar obras públicas de indudable utilidad.

El viaje gubernamental

Entre los elementos componentes de los viajes de Balmaceda, aquellos que daban forma a la travesía entre uno y otro lugar del territorio nacional resultan de una importancia fundamental. Tanto los medios de transporte como los momentos de la partida y la recepción, así como el desplazamiento de la comitiva oficial, dieron oportunidad a situaciones, hechos, actos y gestos de evidente significado político, la mayor parte de ellos, destinados a favorecer la figura del gobernante. Gracias a los medios de transporte disponibles, Balmaceda aprovechó la nueva instancia de sociabilidad política que el viaje le ofreció, beneficiándose también de la participación popular que ellos hicieron posible. En este último sentido, tanto las ceremonias de despedida como de recepción en la provincia, representaron momentos culminantes para el gobernante, pues en ellas se desplegaron todos los artificios que la situación permitía para favorecer la imagen del político ante la opinión pública gracias a la multitudinaria concurrencia que las mismas provocaban.

En el caso de la gira al norte de 1889, los actos protocolares se iniciaron una vez que el Presidente arribó a Valparaíso en el tren que lo condujo desde Viña del Mar, pues en este balneario esperó su partida a Iquique, junto a su familia, que lo había acompañado desde la capital. El día seña-

lado, informó la crónica del 4 de marzo de 1889³, el batallón de Artillería de la Costa, con una banda de músicos a la cabeza y vestido de parada, esperó al Primer Mandatario en la Plaza Sotomayor formando carrera desde el andén de la estación hasta la puerta de la Intendencia. A la llegada del Presidente se izó la bandera nacional en el palacio y éste se dirigió a los salones de la Intendencia por entre la tropa que le presentaba armas. Ahí fue saludado por diferentes funcionarios, por las autoridades provinciales y por algunos de los caballeros que lo acompañarían en su excursión. Un cuarto de hora más tarde, y mientras recibía los honores prescritos, Balmaceda y su comitiva, acompañados del Intendente, salieron en dirección del muelle Prat para abordar la falúa de gala que los esperaba. Tan pronto como llegó al muelle, se informó, el Fuerte Bueros dio inicio a la salva de ordenanza, momento en el cual las naves de guerra surtas en la bahía se engalanaron y comenzaron los honores de estilo al Presidente. Entonces los buques se empavesaron y sus tripulaciones subieron a las vergas en la actitud que se acostumbraba en este tipo de naves, es decir, extendiéndose en alas. Mientras se le rendían honores, el Jefe de Estado y algunos de sus acompañantes se embarcaron en la falúa, cuyos bogadores, con los remos arbolados permanecían de pie, saludando conforme al reglamento. En ese momento se colocó en la proa de la embarcación la bandera de la presidencia, exclusiva del Primer Mandatario de la nación. Entonces, se desabrochó la barca y el Fuerte Bueros hizo una salva mayor de 21 cañonazos, iniciando la falúa su camino hacia el *Amazonas*, seguida de una lancha a vapor en que se encontraban otros miembros de la comitiva. En su recorrido, el presidente Balmaceda recibió los tres hurras de ordenanza de los grumetes del buque escuela *Almirante Simpson*, así como el saludo de las tripulaciones de las demás embarcaciones nacionales y extranjeras con la frase “¡viva el Presidente!”, las cuales también le presentaron armas al tiempo que el corneta tocaba diana y sus cañones tronaban haciendo los honores que para tales casos tiene prescrita la ordenanza internacional. A las cinco y media la falúa presidencial atracaba junto al *Amazonas*, circunstancia que dio pie a que la banda del batallón de Artillería de Costa ejecutara el himno patrio y se arbolara en el palo mayor del vapor el pabellón nacional que indicaba la presencia del Jefe del Estado. Mientras esto ocurría, algunos de los barcos surtos en la bahía hacían una salva mayor y sus tripulaciones bajaban de las vergas o se replegaban a las cofas. Cerca de las seis de la tarde, el *Amazonas*, el *Esmeralda* y el *O'Higgins* se hicieron a la mar con rumbo al norte los dos primeros y al oeste el tercero. Como última y especial demostración, al momento de ponerse en movimiento el *Amazonas* las tripulaciones de la *Kreisser* y la *Champlain* volvieron a desplegarse en alas sobre las vergas, lanzando otros tres hurras, mientras los mencionados buques, con galantería según la prensa, repetían la salva mayor y tocaban marchas que fueron contestadas por la banda del vapor presidencial con el Himno Nacional y el de Yungay. Sólo entonces, y después del saludo de bandera con el *Esmeralda* y el *Amazonas*, arriaron su engalanado y bajaron sus tripulaciones.

3. *El Mercurio* del 5 y *La Tribuna* del 7, ambos de marzo de 1889.

La prensa registró el ambiente existente en aquel momento cuando informó que en el puerto se encontraba “medio Valparaíso presenciando la partida del convoy presidencial” puesto que “un gran gentío, que ocupaba los alrededores del muelle o que había tomado posesión de los balcones, de las explanadas y hasta de los cerros que dominan la rada”, se había hecho presente hasta que las naves se perdieron de vista. Hacía ya tiempo, se opinó, que la ciudad “no veía su rada tan hermosa e imponente” como el día en que S.E. se embarcó hacia el norte, resultando especialmente llamativos el aspecto de los buques empavesados como las salvas con que fue saludado el Presidente. Había colaborado también con la escenificación el tiempo y el mar que, como señaló un corresponsal, “no se concibe pudiesen ser más espléndidos⁴”.

Desplazarse por el territorio nacional significó para José Manuel Balmaceda una posibilidad de recibir muestras de adhesión y simpatía. Una oportunidad de aparecer como un político, un Jefe de Estado respetado y apreciado, tributario del reconocimiento popular por las obras de su realizadora administración. En este contexto, para Balmaceda el sólo hecho de viajar, independiente de lo ocurrido una vez en su destino, representó un momento amable, una instancia grata, digna de ser practicada todas las veces que fuera necesario, en especial cuando su figura y su régimen todavía gozaban de la estimación popular. La mayor parte de las veces que la comitiva oficial arribó a alguna población, su recepción se produjo en medio de un marco de público numeroso, cuando no espectacular, como lo atestiguan la mayor parte de las crónicas de prensa que las relataron. Escenarios que Balmaceda supo aprovechar cuando, por ejemplo en Talca, rehusó la invitación que se le hizo de entrar al pueblo en carruaje de gala, “prefiriendo hacer el camino a pie, en medio de todos los manifestantes” que, nos relatan, formando filas “interminables de carruajes públicos y particulares, carros urbanos y gente de a pie y a caballo, formaron carrera y lo acompañaron en su trayecto”⁵. El arribo del gobernante, especialmente si éste era el Jefe de Estado, fue un acontecimiento esperado con ansiedad en las localidades que éste visitaría, y para el cual estas se preparaban. Así lo acreditan las informaciones disponibles, como las actividades y objetos que formaron parte de la excursión oficial, la mayor parte de los cuales requirieron de previsión y planificación. La proliferación de noticias sobre los aprestos populares refleja la importancia que la visita oficial tenía para las poblaciones que tendrían la oportunidad de vivirla, pero también para la opinión pública en general, como lo muestra el hecho que numerosos periódicos las dieran a conocer. Además, ofrece una oportunidad de percibir el clima de expectación y alegría que la próxima presencia del gobernante despertaba, el cual se manifestaba en las ceremonias planificadas y en los arreglos y objetos dispuestos para regalar a los viajeros o engalanar la población.

4. Véanse *El Independiente* y *El Ferrocarril* del 5, y *La Tribuna* del 5 y 7, todos de marzo de 1889.

5. *La Tribuna* del 16 de octubre de 1888.

La precisión con que en ocasiones se dio cuenta de los preparativos de las fiestas, como los bailes, banquetes y arreglos de las ciudades, contrasta con la escasa información disponible respecto de los trabajos, reuniones u otras actividades de orden administrativo y gubernativo que el presidente Balmaceda, sabemos, también realizaría. Este hecho nos permite deducir a lo menos dos características de sus viajes. En primer término, todo lo que fuera celebraciones masivas no sólo preocupó más a la prensa, sino que también a las poblaciones anfitrionas. Reflejo a su vez de que la visita oficial, ante todo, tenía el carácter de fiesta, de una oportunidad para la expansión, para la demostración de sentimientos de aprecio, adhesión o respeto al gobernante. Para la expresión de emociones no sólo ligadas al Jefe de Estado, también a la patria, la historia nacional, el carácter e, incluso, el sistema social y político chileno de la época. Además, que independiente de las fiestas y celebraciones, la opinión conocía la rutina de Balmaceda en orden a que cada vez que viajaba recorría las poblaciones, revisaba las obras y edificios públicos, se reunía con las autoridades locales y con los miembros más distinguidos de la sociedad anfitriona. En definitiva, cualquiera fueran las circunstancias que habían motivado su desplazamiento, el Jefe de Estado mantendría su costumbre de acercarse a través de diversos medios a la realidad local, lo cual, por lo menos anticipadamente, no era causa lo suficientemente llamativa como para ser transformada en noticia.

Las acciones, trabajos y actividades que los viajeros desarrollaron durante el viaje o gira oficial, cuya identificación y comprensión nos ha permitido interpretar los desplazamientos de José Manuel Balmaceda como prácticas políticas propias del Chile del último tercio del siglo XIX, fueron de variada naturaleza y pueden clasificarse en dos grupos principales: las que fueron motivadas por obligaciones derivadas de la administración del Estado y del ejercicio del gobierno, y las que se realizaron respondiendo a las atenciones que sus anfitriones les dispensaron por su calidad de hombres públicos, políticos o gobernantes. Como se comprenderá, las primeras debían cumplirse de todas formas, cualquiera fuese el ánimo con que arribaran o fueran recibidos los viajeros. Ellas formaban parte de los trabajos que justificaban el viaje, resultando por ello inexcusables. En cambio, las segundas obedecían más bien al grado de estimación y aprecio que las poblaciones visitadas podían tener para con los miembros de la comitiva oficial, y, principalmente, para con quien la encabezaba, es decir, Balmaceda. En este último caso, se trataba de actos de adhesión, manifestaciones de aprecio o de simpatía políticas que, en último término, el gobernante podía excusar si así lo estimaba conveniente.

Si bien es cierto que en ocasiones resulta muy difícil distinguir entre los actos oficiales y las manifestaciones populares, especialmente tratándose de localidades pequeñas, en las cuales, comúnmente, las autoridades políticas y las personalidades de la sociedad trabajaron estrechamente en los preparativos y agasajos destinados a recibir y atender a la comitiva oficial; no es menos cierto que la diferenciación es necesaria para comprender los desplazamientos de Balmaceda como actos destinados a ob-

tener dividendos políticos. En este contexto, las expresiones originadas al margen de la voluntad oficial, fuera ella administrativa o política, resultan especialmente valiosas desde el punto de vista de los beneficios que Balmaceda esperaba obtener en términos de imagen pública. En todo caso, si hubo viajes aparentemente destinados sólo al trabajo, y otros en los que el objetivo expreso fue recibir el aprecio popular, en la mayor parte de sus desplazamientos a la provincia, Balmaceda experimentó de ambos.

La actividad desplegada en sus excursiones por el país no sólo fue consecuencia de la necesidad de atender a numerosas y variadas cuestiones, propias de poblaciones siempre carentes de algún elemento y cuyos problemas eran frecuentemente apremiantes. Esta se explica también porque para la mayor parte, el arribo de la visita oficial representaba la primera vez que recibían una autoridad de la magnitud de Balmaceda. Este hecho no sólo constituía un acontecimiento que quedaría registrado en los anales del pueblo, sino que, además, significaba una oportunidad, prácticamente única de hacer valer sus intereses frente a quien se consideraba el verdadero y único dispensador de obras y recursos en el país, es decir, el Ejecutivo.

En lo sustancial Balmaceda ocupó su tiempo en: ceremonias de diverso tipo, en reuniones de trabajo, manifestaciones y actos de índole social, recorridos por la ciudad o en la inspección de obras y establecimientos públicos. Todas estas actividades le dieron la oportunidad de apreciar la realidad de cada una de las poblaciones y regiones visitadas, además de conocer, compartir y dirigirse a una infinidad de personas de toda condición y características que, como es obvio, se mostraron siempre bien dispuestas a relacionarse con Balmaceda. En este contexto, y desde el punto de vista de sus anfitriones, el despliegue de energía del cual hizo gala Balmaceda en sus excursiones les dio numerosas oportunidades para ilustrarlo acerca de los problemas y aspiraciones locales y de mostrarle su adhesión política, la admiración por su labor o su respeto en cuanto primera autoridad de la nación.

Como ya se ha hecho saber, todo lo que incumbía al Presidente se difundía a través de la prensa, de tal forma que Balmaceda gracias a sus desplazamientos tuvo numerosas oportunidades de obtener “buena prensa”, de fomentar una imagen positiva ante la opinión pública. Las ceremonias en que más frecuentemente participó Balmaceda durante alguna de sus excursiones a la provincia fueron las obligadas al momento de embarcarse y desembarcar en alguna estación o puerto del país. Las características del embarque y desembarque, especialmente en lo relativo a su magnitud, dependían esencialmente de si éstos eran respecto de un barco o del ferrocarril. Tratándose de un vapor, la ceremonia resultaba mucho más lucida y, muy importante, concurrida; dando así ocasión a un espectáculo en ocasiones majestuoso y conmovedor. Otro acto esencial del viaje oficial era la recepción del gobernante en su destino, transformándose éste también en un rito atractivo, en el que las bandas, los

desfiles, los ejercicios y las palabras de bienvenida nunca faltaban. Similares características tuvo, cuando se celebró, el acto de la despedida de la comitiva oficial. Ceremonias normalmente muy vistosas fueron también las que Balmaceda encabezó para rendir homenaje a héroes patrios o para inaugurar obras públicas, incluso en aquellos casos en que se celebraron actos breves. La inauguración de trabajos públicos, ya sea que fuera para poner en marcha las obras o entregarlas al uso público, también resultaron estimulantes en términos de participación ciudadana en torno de la figura del Primer Mandatario.

En definitiva, en su calidad de gobernante, y la mayor parte de las veces, Balmaceda disfrutó del aprecio popular durante sus excursiones a la provincia, siendo objeto de múltiples manifestaciones de respeto y estima. Y no podía ser de otro modo, si se considera lo que su figura representaba y los resultados positivos que su acción podía producir en las poblaciones que lo acogían.

Una de las principales características de los viajes oficiales protagonizados por Balmaceda fue el que ellos se transformaron en instancias de participación popular masiva y heterogénea. Los actos a que dio lugar la presencia del gobernante en la provincia hicieron posible la reunión de una gran cantidad de personas, tal vez como nunca antes se había visto en el país. Pero, y tan importante como esto, dieron oportunidad de sumarse a los actos públicos y políticos a sujetos hasta entonces ajenos a ellos, como por ejemplo las mujeres y los sectores populares. Más todavía, los viajes oficiales crearon las condiciones para, y aunque fuera por unas pocas horas, hacer posible el contacto y la integración de los variados elementos que conformaban la sociedad chilena. Todos ellos convocados por la figura del gobernante, en especial del Presidente de la República.

El hecho de que hoy podamos deducir lo arriba señalado, gracias a las informaciones que la prensa de la época nos ofrece, demuestra que como resultado de las excursiones a la provincia, los periódicos dieron cabida en sus páginas a nuevos actores y protagonistas. A elementos que tradicionalmente no habían tenido una aparición regular en los periódicos.

El arribo del Jefe de Estado y sus acompañantes a la localidad que los esperaba dio lugar a la primera oportunidad para que la prensa mencionara que, como se dijo respecto de la llegada del presidente Balmaceda a Talca en 1888, “todo el mundo concurrió voluntariamente a la estación a saludar al gobernante formando una multitud compuesta de todas las categorías sociales, desde sus funcionarios públicos y gentes más cultas, hasta los campesinos de los alrededores”; en fin, “toda una ciudad”, concluye una crónica representativa de una recepción hecha al gobernante en sus desplazamientos por el país⁶.

6. *La Tribuna* del 10 y *El Ferrocarril* del 11, ambos de septiembre de 1888.

Fue justamente en medio de la masa, en la calle, o en algún acto o ceremonia, que el presidente Balmaceda tuvo contacto con algunos elementos pertenecientes al movimiento popular. La mayor parte de las veces se trató de reuniones espontáneas, fruto de la iniciativa de un sujeto o grupo de individuos en particular que se interpuso en el camino de S.E. Dichos encuentros, además, siempre fueron presentados por la prensa en general en términos de apoyo a Balmaceda, como nos lo muestra el celebrado en La Serena en marzo y San Felipe en abril, ambos en 1889.

Pero no sólo los individuos o asociaciones pertenecientes a lo que un autor ha llamado movimiento popular comenzaron a figurar en la prensa con motivo de los desplazamientos gubernamentales. Ellos dieron oportunidad también a las mujeres de transformarse en sujetos de interés periodístico. Y así lo demuestran las menciones directas que a ellas encontramos en las diferentes crónicas que informaron de las excursiones gubernamentales. El que comúnmente las escuelas públicas participaran de los actos de recepción y despedida del gobernante, entre las cuales se encontraban las de las alumnas de los establecimientos primarios, fue otro motivo para alentar la presencia de mujeres, esta vez niñas. Niños también fueron los que en ocasiones declamaron o saludaron al político. Así ocurrió en Licantén, cuando uno se dirigió al presidente Balmaceda a nombre de la comunidad; también a su paso por Rancagua en 1888, ocasión en que “uno de los alumnos del liceo le dirigió una animosa alocución para saludarlo en nombre de su establecimiento”; y en Concepción, en la Casa de Huérfanos que visitó, oportunidad en la que “una niña de 4 años le dirigió un largo discurso”⁷. Frecuente fue que junto a las masivas concurrencias anónimas y a la mención de otros componentes de la sociedad, la crónica o la información sobre la excursión gubernamental hiciera alusión a las personalidades locales que se integraban a los actos de la comitiva oficial, individualizándolos por sus cargos, responsabilidades o por sus nombres y apellidos, cuando no por todas esas instancias de distinción. Ya en la provincia de Coquimbo, cuando la inauguración de los trabajos del ferrocarril a Elqui y su arribo a Ovalle, se relató la “presencia de una gran cantidad de caballeros respetables”⁸. Se advertirá que parte importante de lo que la prensa describe como “personalidades”, “notabilidades” o “caracterizados vecinos” de la provincia, departamento o ciudad, corresponden a funcionarios y autoridades administrativas y de gobierno; profesionales como abogados, médicos, ingenieros y profesores; miembros del Poder Judicial, oficiales del Ejército o la Armada, sacerdotes y administradores de establecimientos comerciales, industriales o mineros. Es decir, en lo esencial, elites locales en las que los sujetos pertenecientes a la clase media son muy numerosos.

7. *El Ferrocarril del Sur* del 28 de abril y *La Tribuna* del 10 de septiembre de 1888, y *La Tribuna* del 7 de febrero de 1889.

8. *El Ferrocarril* del 11 y *El Mercurio* del 12, ambos de marzo de 1883.

Viaje y conflicto político

Los viajes realizados por José Manuel Balmaceda en octubre y diciembre de 1890, que lo llevaron a Collipulli y Concepción respectivamente, resultan muy significativos por las oportunidades analíticas que ofrecen. Ellos permiten mostrar el impacto final que tuvo en la opinión el conjunto de excursiones gubernamentales encabezadas por Balmaceda. Entonces, el país se encontraba sumido en un grave conflicto político cuyas primeras manifestaciones se habían mostrado con claridad luego del viaje presidencial al norte de la república en marzo de 1889. Si hasta esa excursión el Jefe de Estado había disfrutado de una relativa tranquilidad política y la oposición no le había provocado grandes problemas, la interpretación de que la gira al norte había sido una maniobra destinada a presentar a la opinión al elegido para sucederlo en la presidencia, fue suficiente para concentrar en contra de Balmaceda todas las críticas que la práctica de la intervención electoral suscitaba.

Cierta o no, la denuncia provocó gran daño a la administración. Así lo reconoce el oficialista Julio Bañados Espinosa, que participó en la gira de 1889 en su calidad de Ministro de Estado cuando, aludiendo al viaje a las provincias del norte “destinado a saludables reformas administrativas y a la solución de gravísimos problemas vinculados a las industrias salitrera y minera”, afirmó que en definitiva, “fue cuna de evolución política que sacudió los cimientos de la unión Liberal y precipitó sobre agrias pendientes al gobierno de Balmaceda y al país” (Bañados Espinosa, 1894, 1: 270) Para explicar su opinión, Bañados aborda el problema de las candidaturas presidenciales, de las cuales afirma: “Balmaceda tuvo la fatal desgracia de ser víctima desde el mismo día que prestó su juramento presidencial”. Así, relata que con motivo del viaje al norte uno de los grupos disidentes del liberalismo, por sospecha de uno de sus caudillos, creyó “que el candidato de preferencia de Balmaceda es el ministro Sanfuentes”, iniciándose entonces un período de recelos y desconfianzas entre los partidos, en medio de un clima en el que brotaban las “tramas más minuciosas, las conspiraciones más maquiavélicas y los planes más extraños”, y en el cual “se interpretaban desde las sonrisas hasta los saludos del Presidente de la República”. Afirmación que por lo demás viene a demostrar, una vez más, que hasta los menores detalles de los viajes gubernamentales se prestaron para la interpretación y el juego político (Bañados Espinosa, 1894: 270-282).

La agitación que la supuesta intención oficial provocó sufrió diversas alternativas a lo largo de 1889, algunas de ellas críticas, las que, a pesar de todo, lograron ser superadas. Sin embargo, ya en enero de 1890 el conflicto volvió a reanimarse cuando, una vez aprobados los presupuestos, Balmaceda nombró un Ministerio que prescindía de la voluntad de los partidos, hecho que para éstos no fue más que la expresión palpable de la decisión oficial de resistir la voluntad expresada en el Congreso

Nacional⁹. Cerrado a toda posibilidad de renunciar a los poderes que Balmaceda creía propios de la Presidencia de la República y fortalecido por los dividendos que sus viajes por el país le habían significado, el Jefe de Estado se dispuso así a resistir los embates de los círculos políticos. Éstos, que combatían no sólo la intervención electoral oficial sino que al presidencialismo en su conjunto, comenzaron a recelar de las excursiones presidenciales que, hemos demostrado, en general proyectaban una imagen positiva del gobernante. La lucha entre los poderes públicos se agudizó cuando reabiertas las Cámaras en junio de 1890, éstas suspendieron la discusión de la ley que autorizaba el cobro de las contribuciones, provocando con ello gran incertidumbre. Sólo la mediación del Arzobispo de Santiago logró superar la situación y el Presidente, en agosto de 1890, pudo organizar un Ministerio que contó con la confianza de las cámaras y obtener que el Congreso votara las contribuciones, en medio de la esperanza del país en que el conflicto se alejara. Pero el momento de tregua fue de corta duración. Los partidos continuaron recelosos de los afanes presidenciales, en especial, por el dominio que éste ejercía sobre las provincias, lo que impedía que los ministros de confianza de Congreso se impusieran como el verdadero poder que pretendían ser. Un hecho coyuntural, como la censura de un funcionario público acusado de manejos electorales, que Balmaceda no quiso destituir, llevó a la renuncia del Ministerio a mediados de octubre. El presidente Balmaceda volvió entonces a nombrar un gabinete de amigos, ajenos al Congreso, y las sesiones de las Cámaras cesaron sin que se hubiera iniciado la discusión, y menos aprobado, la ley de presupuestos para 1891.

En el escenario político delineado, Balmaceda decidió viajar al sur. Sus excursiones deben apreciarse como un intento de atraer la adhesión, la simpatía y la voluntad de la población en general y de aparecer ligado además a obras de progreso; como un intento de recibir el aplauso de la provincia, palpar el sentir de los círculos ajenos a Santiago y, en definitiva, mostrar el apoyo que tenía en un momento en que su lucha con el Congreso se había agudizado. Tales propósitos, también bastante claros para la oposición al Presidente, hicieron de los desplazamientos a Collipulli y Concepción algo más que simples viajes gubernamentales. Ellos mismos, y cada uno de sus componentes, se transformaron en campo de batalla para conseguir el favor de la opinión pública; en la excusa para, según quien interpretara los hechos, exhibir la popularidad del Jefe de Estado o señalar la indiferencia popular, cuando no rechazo, de su figura. Y las últimas excursiones del presidente Balmaceda fueron una manifestación de la lucha política frente a opinión, inserta en la disputa entre el Poder Ejecutivo y el Congreso Nacional. Parte de la estrategia presidencial por ampliar su base de sustentación política y contrarrestar así el pretendido apoyo mayoritario que en la capital encontraba la causa de la oposición.

9. No es ocioso insistir en el hecho que para el Congreso, tanto la Constitución como las prácticas políticas, habían llevado a la imposibilidad de la existencia de un gobierno que no contara con su apoyo o tolerancia.

La polaridad de versiones sobre las características de los desplazamientos del Presidente de la República a fines de 1890 refleja bien la importancia de las imágenes públicas en el Chile de entonces. En efecto y dada la proyección que tenía la prensa, una descripción que mostrara a un Balmaceda aclamado entusiastamente en medio de un marco de público imponente que observaba los hechos propios de actos siempre atrayentes, sin duda contribuiría a fortalecer su figura ante la opinión. Por el contrario y como pretendían los opositores, la visión de unas ceremonias pobres en público, con asistentes compelidos por la autoridad y, por lo tanto, muy poco espontáneas, sin los elementos que normalmente las conformaban, mostrarían a un Jefe de Estado debilitado, carente de apoyo en la opinión, todo lo cual contribuiría a fortalecer la causa antibalmacedista.

Así se demuestra, una vez más, la utilización política que Balmaceda hizo de sus desplazamientos a la provincia; tanto como los afanes de sus opositores por desacreditarlo a través de las alternativas de sus viajes. La extensa cobertura que la prensa dio a las alternativas e incidentes que formaron parte de los viajes del Presidente de la República de octubre y diciembre de 1890, tal vez como nunca antes había ocurrido, demuestran la importancia política de los mismos en el contexto de la realidad nacional de la época. Ejemplo es el gran número de editoriales que generaron las excursiones a Collipulli y Concepción, manifestación a su vez, insistimos, que era en el convencimiento de la opinión donde ambos bandos en lucha parecían haber puesto todos sus esfuerzos para obtener el predominio de sus posturas políticas. En diciembre de 1890 los diferentes periódicos rivalizaron en torno al verdadero significado de lo ocurrido en la provincia y sobre las proyecciones que los sucesos tendrían. Pero, y a diferencia del viaje a Collipulli, donde por lo menos hubo cierto acuerdo sobre el hecho que la obra pública en cuestión justificaba efectivamente el viaje presidencial, esta vez, y salvo una o dos excepciones, los medios no se refirieron a la importancia de los trabajos que Balmaceda fue a poner en marcha, optando por centrar sus editoriales en evaluar el recibimiento que se hizo al Jefe de Estado en las poblaciones que habían tenido la oportunidad de apreciarlo, o en la obra emprendida por la administración desde que esta se había hecho cargo del gobierno del país¹⁰.

La discusión respecto de los viajes oficiales, junto con demostrar el papel que la opinión pública jugaba como entidad legitimadora o censuradora de los actos y hechos políticos, permite apreciar también los cambios experimentados por esta. En efecto, la disputa respecto del verdadero significado de los viajes de Balmaceda nos muestra cómo ella evolucionó desde una condición de relativa unidad y homogenei-

10. Para opiniones favorables al gobierno, véanse las notas editoriales de: *El Comercio* del 13, 18 y 19; *La Nación* del 16 y 17; *La Libertad Católica* del 16, reproducido en *El Bío-Bío* del 18; *El Bío-Bío* del 21, todos de diciembre de 1890 y *La Locomotora* y *El Eco de Vichuquén* del 3 de enero de 1891. Visiones críticas del viaje, la administración y el propio Presidente, en las páginas de opinión de: *El Mercurio* del 16 y 18; *La Época* del 17, 18, 19 y 20; *La Discusión* del 19; *El Independiente* del 16, 17 y 18; y *El Imparcial* del 18, todos de diciembre de 1890.

dad respecto del papel y valoración de las instituciones esenciales del régimen republicano, como la Presidencia de la República, hacia una situación de profunda división. Surgiendo en la práctica dos “opiniones públicas”, la que se opone ásperamente al Jefe de Estado y la que lo apoya incondicionalmente.

La polarización de la sociedad y la desvalorización de la imagen de la Presidencia de la República constituyen fenómenos muy significativos. Ellos, junto con mostrar la influencia de la opinión pública, nos permiten señalar que uno de los hechos políticos que antecede a la crisis de 1891 fue, precisamente, su manifiesta desavenencia respecto de los responsables del conflicto que se había desencadenado entre Balmaceda y el Congreso a mediados de 1889. De este modo, y dada la trascendencia y magnitud que había adquirido la opinión pública, su propia división en bandos irreconciliables explica también la Guerra Civil de 1891 y, en especial, que fuera su opción final la que decidiera la contienda¹¹.

Entre los bandos en pugna deben situarse las reflexiones de *El Ferrocarril*, el principal periódico del país, el más respetado, pretendido modelo de ponderación e independencia, una verdadera institución nacional, incluso considerado por Balmaceda, como lo demuestran a lo menos dos hechos. El primero es que una vez estallado el conflicto y habiendo ordenado Balmaceda el cierre de todos los periódicos e imprentas de oposición, se permitió su circulación. Situación finalmente no ocurrió porque su dueño prefirió correr la suerte de sus colegas. El segundo es que Balmaceda, una vez concluida la Guerra Civil que lo expulsó del poder, recomendó al *Ferrocarril* como una de las fuentes esenciales para hacer la historia de su administración.

Apreciar el sentir de la opinión pública a partir de los editoriales de *El Ferrocarril* de la época, permitirá obtener una visión de la situación política y de los bandos en pugna relativamente desapasionada, más allá de los intereses y objetivos inmediatos que cada uno encarnaba o aspiraba a materializar. Esto hará posible, además, aquilatar el verdadero significado del viaje a Concepción en particular, así como el conjunto de viajes realizados por Balmaceda a lo largo de su estadía en el gobierno. Se trata de percibir cómo, en última instancia, las excursiones gubernamentales efectivamente terminaron siendo apreciadas por todos, no sólo por el Presidente, como una instancia de legitimación política, como un recurso a través del cual palpar el sentir de la opinión y, a partir de ello, decidir actuar en uno u otro sentido en la vida política nacional.

El periódico santiaguino sólo dedicó dos páginas de opinión al que llamó “viaje del Presidente de la República para la inauguración del dique de Talcahuano”. Una el día 14, la otra el 18, ambas de diciembre

11. La polarización social y la división de la opinión pública previa a 1891, con las consecuencias ya conocidas, se repitió en el Chile anterior a 1973. Entonces, la sociedad también se fracturó en bandos irreconciliables, siendo la calle, la prensa y el Congreso Nacional, los espacios de lucha y discusión que más intensamente reflejaron tal situación, sin perjuicio de contribuir también a ella.

de 1890¹². En el primero de ellos, *El Ferrocarril* afirmaba que este último desplazamiento a los pocos días de haber regresado el Presidente del Malleco, mostraba por sí sólo “las ventajosas condiciones en que puede desarrollarse el país”, reconociendo así la obra de la administración; agregando, sin embargo, ahora relativizándola, que “la satisfacción de las necesidades materiales no eran objetivo único de las aspiraciones de un pueblo¹³. Entonces se planteaba la duda de si “el deslumbrante golpe de vista que ofrecían las obras emprendidas en diversos puntos del territorio”, otro punto a favor del gobierno, “correspondía a las exigencias de nuestra condición económica”; pero sobre todo, si estaban “en relación con un desarrollo análogo de bienestar y de progreso en el orden político”.

A este respecto, en lo que puede ser considerada una crítica a las constantes alusiones del Presidente relativas a que él había distribuido la riqueza nacional en todo el territorio, *El Ferrocarril* sostenía que la grandeza moral de las naciones no sólo la formaban las obras públicas; también lo que llama “el goce efectivo de los derechos políticos”. Así, advertía que los pueblos que permitían a sus gobernantes la realización de “pomposos programas de bienestar material”, tenían perfecto derecho para “exigirles que el respeto a sus instituciones y a sus libertades guarde conformidad con el esplendor de los recursos otorgados a la acción e iniciativa del gobierno”. De esta forma, el editorialista llegaba a lo que para él resultaba esencial, esto es, que los recursos en manos de los gobernantes “no se conviertan en elementos de servidumbre política” y que el pueblo comprenda que las obras que a todos beneficiaban eran el resultado del sacrificio de la sociedad en general. Siguiendo una cuidadosa e impersonal argumentación, pero claramente referida al Chile de entonces y a su gobernante, que jamás nombra, *El Ferrocarril* afirmaba que sólo en los “países sujetos al absolutismo de gobierno ha sido inveterada costumbre hacer reflejar todo los adelantos materiales en honor exclusivo de sus soberanos, como si las obras realizadas con los dineros nacionales fueran una dádiva generosa de su munificencia”. Por ello, continuaba una argumentación que de manera implícita era cada vez más crítica de las prácticas políticas puestas en uso por Balmaceda, “no ha sido raro que a la sombra de esta concepción errónea de los derechos populares, hayamos visto que los pueblos deslumbrados con los adelantos materiales de sus gobiernos, echen en olvido el valioso tesoro de sus libertades políticas y las consideren como una deuda obligada de grati-

12. No sobra señalar que al igual que en otras oportunidades, en esta *El Ferrocarril* también reprodujo los editoriales de otros medios escritos, entre ellos: de *La Libertad Católica* y *El Sur* del 16 y *El Independiente*, *La Época*, *La Unión*, *La Nación* y *La Libertad Electoral* del 17, en su edición del 18; de *El Independiente*, *El Mercurio* y *La Libertad Electoral* del 18, en su edición del 19; y de *El Comercio* del 18, en su edición del 20, todos de diciembre de 1890. Sin duda un signo de moderación y tolerancia en medio de un ambiente polarizado.

13. Tengamos presente que este editorial apareció el 14 de diciembre, es decir el mismo día de la llegada del Presidente a Talcahuano.

tud a sus pretendidos benefactores”¹⁴. Entonces, ahora sí, *El Ferrocarril* aludía a la administración de Balmaceda a propósito de la inauguración del dique de Talcahuano, preguntándose si “las prácticas del gobierno ¿corresponden a las exigencias de nuestro progreso político?”. De esta manera, intentando trascender la coyuntura, pero condenando una conducta gubernamental que apreciaba poco cuerda e imprudente, el periódico planteaba “que tal era la cuestión que pone a la orden del día el hecho de llevarse a cabo obras materiales”; afirmando entonces que el bienestar y la prosperidad de un pueblo no se “mide sólo por el aparato fastuoso de las grandes obras públicas si esas manifestaciones de bienestar no coinciden con el ensanche y progreso proporcionados en materia de libertades y correctas prácticas de gobierno”. Identificados los riesgos a que el país se encontraba expuesto, el editorialista miraba al futuro pronosticando que “sólo en el desarrollo paralelo de ambos órdenes de intereses puede verdaderamente encontrarse un síntoma seguro de prosperidad nacional y la implantación de un régimen sólido y robusto de libertad en el desenvolvimiento de sus instituciones”.

Sin duda, el editorial de *El Ferrocarril*, aparecido el día que Balmaceda arribó a Talcachuan, resulta trascendente, porque manifiesta que el uso que Balmaceda dio a sus viajes, en un principio bien evaluado, terminó siendo apreciado por la opinión como abusivo y peligroso para la sociedad. Asimismo demuestra que los desplazamientos del gobernante a la provincia, tanto en lo relativo a los antecedentes que los motivaron como a sus componentes, cuyos objetivos no son los menos importantes, resultaron ser la expresión de una realidad todavía más grave. Un fenómeno que ya hemos tenido oportunidad de expresar y que no es otro que el desequilibrio existente entre el proceso político y el económico que ya era evidente, en los hechos, tal como los viajes de Balmaceda lo demuestran. Tanto como para ser la causa esencial, sostenemos, del conflicto entre un Jefe de Estado económicamente muy poderoso gracias a la coyuntura del salitre, y un Congreso Nacional políticamente fortalecido por la trayectoria institucional del país a lo largo del siglo XIX.

Concluido el viaje oficial a Concepción, por lo tanto ilustrando lo sucedido durante la excursión y habida cuenta de las opiniones de los otros medios de prensa, *El Ferrocarril* publicó su segundo editorial sobre el hecho. En él, muy hábilmente, pues en definitiva utilizaba para argumentar el mismo medio que Balmaceda había usado para atraerse la adhesión popular y legitimar su postura, el periódico alude a lo significativo que resultaba para el gobernante recorrer las provincias como instancia para “formar por sí mismo una idea más clara y exacta de la situación” del país. Agregando que en épocas de “excitación política”, el que el Jefe de Estado “pueda imponerse personalmente del estado del

14. Según este periódico, la causa del vicio expuesto eran los tres siglos de existencia colonial, y para demostrar su aseveración ponía como ejemplo a los Estados Unidos. Ahí afirmaba: “a nadie se le ocurre imaginar que una obra pública realizada por sus gobernantes deba estimarse como una deuda de gratitud y mucho menos que ella deba conseguirse al precio de sus derechos políticos”.

espíritu público" resultaba todavía más conveniente, en especial si se consideraba "que las soluciones de gobierno dependen de que las aspiraciones nacionales sean satisfechas en conformidad a las legítimas exigencias del bienestar y tranquilidad públicos".

Sustentando sus planteamientos, el editorialista argumentaba que a pesar del "aparato de ceremonia y convención" que normalmente rodeaban al Primer Mandatario en sus salidas de la capital, para éste no debía resultar difícil "penetrarse de las tendencias y de los sentimientos que predominan en la generalidad de los espíritus y que se revela en la fisonomía moral y en la actitud misma de las poblaciones". Al respecto, y desechando que el Presidente sólo tuviera acceso a "los elementos que ponen en movimiento las autoridades locales", *El Ferrocarril* aseguraba que "siempre hay síntomas inequívocos del contento o descontento popular" que, asegura, "no podían escapar a la sagaz y patriótica penetración del Jefe de Estado" si es que éste, sostiene el periódico entregando la responsabilidad a Balmaceda, "está dispuesto a prestar atento oído a las indicaciones de la opinión". No olvidemos que escribe después de conocidas las manifestaciones provocadas por el desplazamiento presidencial, el editorialista recordaba que las indicaciones de la opinión se traducían "en hechos de la más expresiva significación". Entonces, y demostrando que definitivamente había entrado en el terreno que el propio Balmaceda había impuesto con sus viajes a la provincia, en lo que constituye una expresión de la vigencia de ese tipo de práctica y cálculo político, señalaba que a lo menos por dos razones las expresiones de la opinión eran dignas de tomarse en cuenta: "tanto por la importancia social y política de las personas y elementos que se asocian espontáneamente a las solemnidades oficiales; como por las manifestaciones de deferencia, respeto y entusiasmo que rodean al Jefe de Estado en su trayecto y que le forman más imponente cortejo que el obligado de los elementos oficiales en tales ceremonias".

Mostrando una clara comprensión del significado de los viajes gubernamentales, así como de lo ocurrido en la excursión oficial al sur, *El Ferrocarril* señalaba que las "poblaciones contentas llegan hasta hacer superfluas las intervenciones de elementos de autoridad", pudiendo entonces el Jefe de Estado "prescindir de ellas en brazos de la confianza pública". Reflexionando sobre el hecho que la inauguración de obras públicas de interés nacional "eran las más a propósito para despertar entusiasmo general", el momento en que las llamadas ceremonias oficiales se "transforman en verdaderas fiestas populares"; el periódico abordaba la puesta en marcha de los trabajos del dique seco de Talcahuano dejando, nuevamente, la situación en manos del Presidente cuando afirma que éste "ha tenido oportunidad de formar por sí mismo concepto cabal y completo de la predisposición dominante en las poblaciones recorridas en su trayecto". Suponiendo que a Balmaceda "le habrá sido fácil discernir entre la solemnidad oficial y la participación espontánea en que se traduce siempre el entusiasmo popular", advertía que las impresiones recibidas en esta excursión, "no pueden menos de estimarse como un ele-

mento oportuno de ilustración para su criterio"; en especial, continuaba, "en horas tan decisivas de prueba para el acierto de la marcha del gobierno y para el tranquilo desarrollo de la vida nacional". Entonces, legitimando los informes sobre las manifestaciones contrarias a Balmaceda, *El Ferrocarril* ofrecía una clara inclinación a hacer recaer en el Jefe de Estado la responsabilidad de superar la crisis política. Expresando su esperanza "que esta reciente excursión presidencial no haya sido pérdida para los graves conflictos, y que rectificando y modificando las ideas en las esferas de gobierno contribuya a soluciones dignas de nuestro patriotismo", concluía: "nunca es tarde para detenerse y para enmendar el rumbo que precipita la vida nacional en azarosas y terribles incertidumbres"¹⁵.

Si nos hemos permitido una relación tan exhaustiva de los editoriales de *El Ferrocarril* de diciembre de 1890 es porque en ellos se ven reflejados a lo menos dos elementos fundamentales de la realidad del Chile de la época. En primer término, una argumentación que permite apreciar que gran parte de la sociedad captó el sentido político de las excursiones oficiales a la provincia. Ejemplo de lo cual es el hecho que el editorialista se basara en el contenido de ellas para razonar sobre la situación nacional. En segundo lugar, como consecuencia de lo anterior, una demostración inequívoca de que para uno de los medios de prensa más importantes del país en la época, y por lo tanto un intérprete fundamental del sentir de la opinión pública, esta parecía haber pronunciado un juicio contrario a la postura representada por el presidente Balmaceda. De esta manera, o el gobernante cedía, como no lo hizo, o el país lo combatiría, como efectivamente ocurrió. En definitiva, que el presidente Balmaceda fue vencido, enfrentado en el terreno que él había elegido para combatir a la oposición, esto es el que sus salidas fuera de la capital le ofrecían. Derrotado por una oposición que supo imponer su visión de la realidad y ganarse a la opinión. Una oposición que a través de las alternativas de uno de esos viajes demostró y percibió que la imagen pública del Jefe de Estado había declinado y que una práctica que alguna vez se valoró positivamente, ahora no era más que la expresión de una figura debilitada, haciendo esfuerzos desesperados por recuperar la adhesión popular que alguna vez tuvo. La misma que no hacía mucho tiempo, como otras excursiones lo demuestran, le había permitido a Balmaceda pasearse por el país recibiendo todo tipo de manifestaciones de simpatía hacia su persona y de respeto a la institución que representaba, cuando no de sincera adhesión política.

15. Como es conocido, el llamado del periódico no fue escuchado y el país pocos días después entró en lo que él mismo pronosticó, esto es, "la perturbación de nuestro régimen constitucional".

Bibliografía

Bañados Espinosa, Julio. 1894. *Balmaceda: su Gobierno y la Revolución de 1891*. París: Librería de Garnier Hermanos.

Sagredo Baeza, Rafael. 2001. *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX*. Santiago-México, D.F.: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana-El Colegio de México.